

## VICENTE ALBERO GIL, 50 años dedicado a la fotografía (por Vicente Albero Irles)

Es difícil entrevistar a las personas sencillas que durante su vida han rehuido cualquier asomo de protagonismo, y mucho más si, como ocurre en el presente caso, el entrevistador es su propio hijo. Es por ello que tuve que buscar la inestimable ayuda de David Beltrá. Juntos conseguimos arrancarle un puñado de anécdotas y vivencias a este gran profesional de la fotografía que es Vicente Albero Gil.

Mi abuelo, Vicente Albero Ribes, originario de Bañeres, había llegado a Novelda destinado como electricista para la empresa Compañía de Riegos de Levante. Le acompañaban su mujer, Cristina Gil Morales, de Yecla, y sus tres hijos: Juan, Rosa y Josefina. Es entonces, 31 de enero de 1938, con la familia ya establecida en Novelda, y en medio de la contienda civil, cuando nace mi padre, Vicente Albero Gil, en un edificio de la calle de San Pascual que hoy pertenece a Iberdrola. Su infancia, como todas las de su generación, estuvo inevitablemente marcada por la carencia y necesidad del periodo de posguerra. Cuenta, por ejemplo, que a menudo tenía que ir al molino a comprar harina de estraperlo, pero en cierta ocasión se le perdieron los 20 duros de entonces, y un compañero le dijo: “Che, no t’han despullat”, en caso de que se los hubiera escondido.

Su primer contacto formal con el mundo de la fotografía fue a raíz de una visita que la familia al completo realiza al estudio de Vicente Samper (reconocido fotógrafo del Novelda de aquella época) con el propósito de encargarle un retrato familiar. Aquellos momentos, aquellas fotografías, condensaban instantes muy especiales, y así, mi padre confiesa que mantuvo la ilusión, y la magia de aquel primero disparo hasta que, al cabo de los días, volvieron al estudio para recogerlo.

Ya unos años después, en 1953, cuando contaba con 15 años, un familiar le presta una cámara *Univex Supra*, de formato 4,5 x 6, con la que da sus primeros pasos, mayormente fotografías de familiares y amigos. Es por esta razón que comienza a frecuentar la tienda de Isidro Sèller (Isidrito como se le conocía), para que le revelara los carretes. Isidro tenía un laboratorio en los sótanos de la calle Argentina, donde un empleado, Ricardo, se encargaba del revelado. Fue en aquel sótano donde mi padre descubrió la magia del cuarto oscuro, el milagro del primer revelado: asistir al momento en que la imagen emerge lentamente sobre el papel. Y ya no pudo sustraerse al encanto de la fotografía; desde aquel momento no dejaría de frecuentar el local.

Así que para cuando en el año 1954 conoce a la que, andando el tiempo, sería mi madre, Delfina Irles Rizo, él ya era inseparable de su cámara, siempre al hombro. Salían de fiesta, o al cine, y mi padre se escapaba a mitad de sesión dejándola sola para completar el reportaje de un grupo o un cumpleaños. Mi padre trabajó primero para la Compañía de Riegos, y luego en la empresa de Manuel Azorín. Pero en 1955 su jefe le negó un aumento de sueldo y este hecho le impulsó a tomar la decisión de buscar en su afición, la fotografía, su profesión, que ininterrumpidamente ha desempeñado durante estos últimos 50 años. Salió a las calles, las huertas y los tomates (que en aquellos años superaban claramente a los viñedos) y así, sus primeros trabajos fueron retratos de gente en la calle y en su trabajo, una auténtica galería de oficios, muchos de los cuales han desaparecido 50 años más tarde.

A Isidro Seller le compró sus primeras cámaras “profesionales”: una *King Regula* (procedente de la Selva Negra alemana) y más adelante una *Retina* de Kodak, equipos completamente manuales y de óptica fija. Isidro, de quien siempre oí decir a mi padre que

era una auténtica enciclopedia, le enseñó todo cuanto sabía pero también puso a su disposición los pocos libros que en aquella época trataban de la fotografía. En su bazar mi padre conseguía las mezclas de los productos químicos necesarios para el revelado, y también la tan preciada película que tanto escaseaba incluso en el estraperlo. Uno tenía que ser certero a la hora de disparar. Errar el disparo era desperdiciar el escaso material disponible. Y por eso mi padre se hizo un experto de seguridad aplastante. Todavía desconocía el uso de los angulares por lo que también tuvo que resolver las limitaciones de la óptica fija de su cámara. A menudo era difícil meter a todo el mundo dentro del espacio indicado por el visor.

En sus comienzos montó en casa de sus padres, en la calle San Pascual, un cuartito donde, con la ayuda de un par de focos, realizaba fotos de carnet y algún que otro retrato aunque, sin duda alguna, la mayor parte del trabajo lo llevaba a cabo en la calle. Allí nunca le faltaban los encargos, que él debía retener en la memoria. En el dormitorio improvisó un laboratorio con unos cajones y unas tablas de madera, el caldero del agua y las cubetas para revelar las tomas del día. Las primeras fotografías eran pequeñas, del tamaño del negativo, pero gracias a la ampliadora de madera que le construyó su amigo carpintero Pepe Luis Davo, pudo ofrecer imágenes más generosas en su tamaño. Por aquel primer y precario cuarto oscuro se pasaban con frecuencia Viriato, el pintor, y Pastor, para experimentar con las posibilidades del revelado.

Durante años siguió revelando en casa hasta que empezó a ir en su moto- bicicleta de rodillos (su *“mosquito”*) a Casa Huesca, en la calle San Francisco de Alicante. Ésta había cesado en su actividad como droguería y comenzaba su nueva etapa como casa de fotografía. Allí trabó amistad con sus propietarios: Eugenio Bañón y Augusto Huesca, que a partir de entonces le suministrarían todo tipo de materiales y buenos consejos. Cuando no podía bajar a la capital, les llamaba y ellos le enviaban el pedido con la exclusiva *La Noveldense*, que seguiría siendo durante muchos años el vehículo que permitía el contacto directo con el laboratorio BN para aficionados que montó Casa Huesca. Cuando, por una u otra razón, no podía contar con sus servicios, recurría a Elías el Besó, *“Che Elies, has passat por Huesca, che no he pogut m’han dit que demá, u tendran llest l’encarrec”*.

Como vivía muy cerca de la iglesia de San Pedro, en más de una ocasión, se presentó en su casa mientras él descansaba alguien bien vestido que le apremiaba para que hiciera el reportaje de alguna pareja a punto de casarse. *“Che, Vicent, corre agafa les càmares, que hi ha en l’esglesia una parella que va a casar-se, i se’les ha oblidat contractar un fotograf. Che fes el favor d’anar corrent i tirar-los unes fotografies”*. Mi padre nunca supo decir que no en estas ocasiones. Aunque a menudo había alguien que, al entrar en la iglesia, menospreciaba sus esfuerzos por complacer a quien solicitaba sus servicios: *“Che, se t’ha fet tard”*. Esto le dolía especialmente, y es que siempre se enorgulleció de ser una persona puntual y responsable con su trabajo.

Era un artesano curioso y autodidacta. En cierta ocasión fue a fotografiar la escultura de San Pedro en el estudio de Gasparet y quedó impresionado con las técnicas de esculpido. *“Che, Gasparet, com fas aixó?”*, a lo que éste respondió: *“pos, res llevant-li el que li sobra”*. Y así era, cada cual tenía su técnica y su instrumento para esculpir lo bello, uno con el cincel y el otro con la cámara de fotos. A menudo tenía que improvisar y fiarse de su instinto a la hora de decidir las composiciones e iluminar correctamente. Luego era su mano mágica, interponiéndose entre la luz y el papel a la hora de exponer la imagen.

Poco a poco se fue dando a conocer y fue sorteando las penurias de aquellos años, disparando sus cámaras primero entre los amigos de su peña *La Caimanda (el palmero, Davo, Manolo y otros amigos)* o en las despedidas de los quintos que se incorporaba a filas. De ahí fue dando paso al trabajo de la calle, de la huerta, a los cumpleaños, las bodas y los bautizos para seguir con las fiestas patronales y del calendario. También empezó a realizar algún trabajo de productos industriales para las empresas que se desarrollaban en Novelda: las lavadoras y neveras fabricadas con la marca *Eldhog y Gran*, mobiliario de tubo metálico y madera contra chapada de raelite, manufacturados por *Unyman y Daniper*, para más tarde comenzar a desarrollar trabajos para la Caja de Ahorros de Novelda, en la actualidad incorporada a la CAM.

En septiembre de 1962 contrae matrimonio con Delfina Irles Rizo iniciando una nueva época de su vida, tanto en lo personal como en lo profesional. En julio de 1963, nace el primero de los vástagos: Luis Albero Irles. El volumen de trabajo va en aumento y por ello decide comprar una nueva cámara, una *Leica* que le conseguirá su hermano Juan, quien por entonces regentaba una tienda de electrodomésticos. Con los beneficios que obtiene en estos primeros años de la década de los 60, invierte en nuevas ópticas para su flamante *Leica*. A través de los angulares y tele-objetivos descubre un mundo de nuevas posibilidades y retos fotográficos que no elude explorar. En 1964 la familia se muda a su nueva residencia en el primer piso de la calle Santa Rosalía, 58. Una vez más el salón alberga el estudio. Un sillón y tras él un mueble bar pintado sobre el ladrillo servirían como fondo para las fotos mientras que un cuartito contiguo hacía las veces de laboratorio y pequeño estudio de carnets.

Pero la familia seguía creciendo, y en 1966 llegaría mi turno. La casa de Santa Rosalía se iba a quedar muy pronto pequeña para albergar a la familia y al negocio. Es por ello que mi padre se decidió a comprar el local del bajo del mismo edificio, en el que en 1971, coincidiendo con el nacimiento del tercero de sus hijos, Fernando, abrió una pequeña tienda y estudio fotográfico con su propio laboratorio B/N. El medio formato empezó a abrirse hueco en su colección de cámaras para incorporar primero la *Rolleiflex*, y más tarde la *Mamiya reflex 4,5 x 6*. Mi prima. Hilde se sumó al nuevo proyecto como ayudante en la tienda y con el tiraje de las copias durante los siguientes 10 años.

Las sucesivas inversiones y mejoras permiten que muy pronto la producción se vuelva cíclica: junto a las fotos de estudio y de carnet de las diferentes celebraciones familiares (bodas, bautizos, cumpleaños y comuniones), se fotografía la participación de los novelderos en las distintas celebraciones sociales y religiosas: el domingo de Pascua, las monas, las verbenas, las fiestas patronales o la visita de autoridades como el ministro Conde Vallengano. En 1972, el colorido y entusiasmo de los desfiles de moros y cristianos se incorpora a las fiestas patronales de Novelda (y al catálogo de escenas y retratos de mi padre), después de que el año anterior se invitara a varias *filás* de Petrer a participar de las fiestas locales.

En 1978 nace la última de los hermanos, M<sup>a</sup> José, cuando yo ya andaba experimentando con mi primera cámara prestada: una cámara *Boy* de formato 120 mm. Poco a poco la nueva generación de los Albero-Irles se incorpora a la profesión. Primero el mayor, Luis, a principios de la década de los 80, que se ocuparía del lavado de las copias y las películas. Poco después sería yo mismo sería el que, tras la cena, me escurría por las escaleras de caracol que unían la vivienda con el estudio para echarle unas vueltas al tambor de revelado de las películas y mover las fotos en el agua para que no se pegasen al fondo de las cubetas. En 1982, después de que la prima Hilde, dejara la tienda, me incorporo al negocio familiar como asistente de mi padre, quien me habilitó un espacio en el garajito contiguo a la

tienda. Le acompañaba durante todo el proceso de revelado y él, poco a poco, iba compartiendo conmigo sus conocimientos autodidactas. No tardamos mucho mi hermano Luis y yo en acompañarle en los reportajes de boda como flash de apoyo. A medida que iba aprendiendo el oficio, mi padre me iba confiando mis primeros trabajos menores: un cumpleaños aquí, un bautizo allí. Al principio se preocupa de que no me fallara nada. Era muy escrupuloso; pero también sabía darme plena confianza ante el cliente: *“si de veritat, que ho fa molt bé”*. A su lado y con las lecciones que me daría un conocido suyo, Luis Asensi Limiñana, maestro fotógrafo en Alicante, comencé a explorar esas sensaciones indefinibles de plenitud que todavía me transmite la fotografía.

Así, sin prisa, consumí mis primeros años profesionales junto a mi padre, que nos llevaron a la década de los 90. Un buen día, mientras buscaba una serie de negativos en el archivo, avisté el viejo archivo de mi padre y le pedí que me dejara indagar en él. Con su consentimiento comencé por revisar sus primeros diez años de carrera profesional y pronto descubrí el tesoro de aquel testimonio gráfico que, de la mano de mi padre, recorría la historia cotidiana de la segunda mitad del siglo en Novelda. Así que, durante un año, intentamos documentar con éxito distintos aspectos de la vida del pueblo. El proyecto fue presentado a sus grandísimos amigos Mario Torregrosa y Manolo Doménech, que estaban al frente de la sección de cultura de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, los cuales se volcaron en él. Fruto de esta cooperación fue la muy celebrada exposición de 1992 en los salones del Casino de Novelda. El encierro humilde del maestro artesano y artista gráfico que siempre ha sido mi padre, fue por fin roto. Por mucho que le hiciéramos enrojecer, él finalmente consintió en mostrar el tesoro del tiempo viajando a través de sus imágenes.

¿Qué más añadir? Vicente Alberó Gil, sin perder nunca su discreción, humildad y profesionalidad, ha comprendido la necesidad de adaptar el negocio a las posibilidades y demandas de cada momento. y así, poco a poco, con el cambio de siglo, ha sabido ceder la responsabilidad a las nuevas generaciones, adaptándose a las nuevas tecnologías. Sabe, y así gusta de decirlo, que con la llegada de la fotografía digital muchas cosas se han ganado, pero no pocas otras se han perdido. La inmediatez de la fotografía digital se ha llevado la magia de las esperas, el momento entrañable en que la imagen surge sobre el papel para fijarse en él para siempre.

Y es por esto que, a lo largo de este pequeño artículo he querido rendirle homenaje a él como padre y profesional durante 50 años; a esa otra forma suya de entender la fotografía tradicional, pero también a mi madre Delfina, que siempre supo estar en la sombra, para que él compusiera un mundo de alegrías y recuerdos desde la luz. Y cómo no, a ese público entregado que ha confiado recuerdos e imágenes en sus manos y en su mirada. A todos ellos, gracias.